

Espionaje masivo: la insoportable levedad del mal

RESUMEN: Las denuncias públicas de Snowden, agente especializado en comunicaciones informáticas de la NSA (Agencia Nacional de Seguridad) de los Estados Unidos han descubierto el velo que ocultaba una serie casi infinita de prácticas perversas, que van desde la invasión de la privacidad individual o colectiva y la usurpación por el Estado de un poder de intimidación incontrolado, muy superior al de Leviathán, el mítico monstruo marino de cuyo nombre se apropió Hobbes para personificar el poder ilimitado del absolutismo real.

El geiser Snowden, surgido desde las cloacas del mundo, ha producido en superficie un tsunami de las conciencias, que ya no pueden cerrar los ojos ante lo que todos sospechábamos que existía, pero no podíamos demostrar. En este editorial describimos, analizamos el fenómeno y, con gran seguridad ética, formulamos una condena nítida, aunque imposible de llevarla a la práctica en el decurso de la presente generación.

PALABRAS CLAVE: Leviathán, servicios secretos, seguridad nacional, derecho a la privacidad, sociedad permeable, jerarquías éticas.

Massive spying: the unbearable lightness of evil

ABSTRACT: public complaints made by Snowden, specialized agent in digital communications of the NSA (National Security Agency), have revealed to everyone an almost infinite list of perverse practices, that go from the invasion of individual and collective privacy to the usurpation by the State of an uncontrolled intimidation power, considerably higher than the power of Leviathan, that dismisses many centuries of real absolutism.

Snowden, the geyser that emerged from the world's sewers, has produced on the surface a conscience tsunami, that cannot help seeing what everybody suspected, but no one had the evidence of. In this editorial we analyse the phenomenon, and with strong ethic security we firmly condemn it, even though it is impossible to put it into practise in this generation.

KEYWORDS: Leviathan, secret services, national security, right to privacy, permeable society, ethical hierarchies.

Edward Snowden: espía, traidor y telepredicador

El gran protagonista de las filtraciones de los secretos del espionaje estadounidense es un joven de esa nacionalidad, llamado Edward

Snowden, nacido en 1983, experto en sistemas informáticos —los periodistas que lo han entrevistado lo califican de «genio»—, de religión budista, muy inteligente, pero muy discreto y de apariencia intencionadamente irrelevante. Su única actuación política conocida es haber hecho campaña en 2008 a favor de la candidatura presidencial de Obama. De lo que no cabe duda es de que Snowden conoce los herméticos pasadizos de los servicios secretos de su país por haberlos, en gran parte, recorrido. Tras su paso por el ejército (2004), desarrolló su vida profesional, siempre con exquisito cuidado de no dejar demasiadas huellas, en diversas misiones para la CIA y, a través de empresas subcontratadas, para la NSA. La CIA lo envió a Suiza (2007) como responsable de la seguridad informática de los diplomáticos estadounidenses. Después, fue destinado por la NSA a una base norteamericana en Japón (2009) y, de ahí, a Hawai, como administrador de sistemas, con un sueldo anual de 200.000 dólares, llevando en todas partes una vida anodina, como corresponde al buen espía, que nunca olvida que tiene que verlo todo sin que él sea visto por nadie. Obtuvo una excedencia y, con la clave de este documento, el 20 del pasado mayo se dirigió de Hawai a Hong Kong para tratarse de los ataques de epilepsia que sufre. Allí alquiló una habitación en un hotel y desde ella envió al diario británico *The Guardian* la primera filtración, un documento de la Comisión de Vigilancia que ordenaba transferir al FBI los teléfonos intervenidos, documento *top secret* cuya desclasificación no debía producirse hasta 2038. Luego le han seguido muchas otras.

En cuanto se conoció el origen de las filtraciones, el *espía Snowden* se transformó de la noche a la mañana para la mayoría de los norteamericanos en el *traidor Snowden*. Se le acusa de poner en peligro la seguridad nacional, delito que podría bastar para ser condenado a muerte, en el caso de que llegara a ser juzgado en EE.UU. Esta posibilidad atormenta a Edward y el miedo le lleva a viajar a Moscú, donde las autoridades rusas no le conceden el asilo político que esperaba, pero le garantizan la no extradición a los Estados Unidos «porque —dice el primer ministro Putin— es un país que aplica la pena de muerte y que, además, no tiene firmado con Rusia tratado de extradición». Han fracasado también otras tentativas de obtener estatus de refugiado político para Snowden en diversos países (Ecuador, Bolivia, Venezuela, Nicaragua) que han mostrado predisposición favorable a acogerlo.

En su periplo y retención en el aeropuerto de Moscú, Snowden se ha convertido en objeto y sujeto informativo privilegiado. En todos los

telediarios del mundo se reproducen sus declaraciones a diversos medios, en las que justifica sus filtraciones como un deber de conciencia para evitar la destrucción del derecho a la intimidad amenazado por los Estados. Casi siempre termina sus intervenciones pidiendo un control y una regulación mundial de las actividades de los servicios secretos. Su tono, razonamientos y advertencias contra el *apocalipsis que viene* lo han convertido, tal vez sin él pretenderlo, en una especie de telepredicador que denuncia las conductas de las que él mismo fue cómplice durante gran parte de su vida.

Cabe preguntarse si Snowden, que tan convencido se manifiesta ahora de que sus filtraciones se producen por un imperativo de conciencia para salvar a la humanidad del peligro de ser engullida por el Estado, no obra impulsado por otros motivos menos nobles, como mejorar su hipotética defensa judicial, ganar fama y dinero o poner palos en la rueda del presidente Obama, al que, si pudiera, retiraría el apoyo que le dio, porque, le ha decepcionado profundamente «ya que sigue la misma política y los servicios secretos funcionan con él igual que funcionaban en tiempos de Bush». Aunque estos motivos bastardos también existan, sería injusto rechazar los argumentos de Snowden, rectos y verdaderos, por los vicios morales del argumentador.

El PRISM, «ojos y oídos» omnipresentes de los Estados Unidos

En su constante carrera hacia la mayor eficacia, la NSA creó en 2007 el PRISM (Programa de Vigilancia Electrónica), con capacidad tecnológica para grabar las conversaciones más recónditas. Se cree —por supuesto la NSA no proporciona dato alguno— que en los últimos meses el PRISM ha grabado las comunicaciones, incluso familiares, de treinta y cinco jefes de Estado. El haber pinchado el teléfono privado de la canciller alemana Angela Merkel ha sido el caso más ruidoso por tratarse de un país amigo, pero en modo alguno, una excepción. Como el cuerpo militar de *Los inmortales* se hacía llamar «los ojos y oídos del rey» porque lo veía y escuchaba todo en todas las satrapías del imperio persa, el PRISM es los ojos y oídos del gran emperador mundial en todos los rincones del planeta.

El PRISM dispone de todos los adelantos electrónicos de última generación capaces de interceptar teléfonos móviles, correos electrónicos y redes sociales y toda información que viaje por cable,

satélites, ondas o Internet. Se calcula en varios cientos de millones las personas que han podido ser espiadas. El PRISM dispone de sofisticados laboratorios en los que se discriminan las voces de los personajes importantes a los que se quiere espiar y son los ordenadores que barren permanentemente el espacio hertziano y electrónico los que, en cuanto las palabras del espionado salen al espacio, las reconocen, graban y relacionan con el conjunto de la información disponible. Con esta rutinización masiva del espionaje, puede estar gestándose ya el terrible *Mundo feliz* de Aldous Huxley en el que toda autonomía personal quedaría aniquilada por la gran *Fordería de Occidente*.

Quizá con menores medios técnicos, las principales potencias disponen de programas de alto secreto similares al PRISM. El diario *Le Monde* publicó un artículo en el que reconocía la existencia en Francia de un programa «aún peor, pues PRISM espía en el exterior y el gobierno francés espía también en el interior del país». Y es que la razón de Estado ha desvanecido los límites entre Estados amigos y enemigos, aliados y hostiles. El PRISM funciona en la hipótesis de que todas las sociedades son permeables y están de hecho permeadas por elementos hostiles a EE.UU. incrustados en ellas. Como es imposible saber de antemano qué ciudadanos franceses o alemanes actúan contra los intereses de EE.UU., «está justificado —dicen— el espionaje masivo de todos».

El conflicto entre seguridad y libertad produce monstruos

Una de las pinturas negras de Goya lleva por título *El sueño de la razón produce monstruos*. Hacer compatible el *derecho a la libertad*, en el que se incluye el derecho a la privacidad, y el *derecho a la seguridad* es, desde la más remota antigüedad, el sueño de la razón. Y desde siempre ha producido monstruos: el absolutismo produjo el monstruo de la libertad encadenada y los procesos revolucionarios el de de la inseguridad institucionalizada.

En las sociedades democráticas modernas, a escala estatal, se ha llegado a una *entente formal* en la que la protección del derecho a la seguridad está limitado por los derechos humanos a la libertad de expresión, asociación, movilidad e inviolabilidad del domicilio y de las comunicaciones. Es decir, el derecho a la seguridad no es absoluto, sino que está condicionado por el respeto a los derechos concretos que

acabamos de enumerar, englobados todos ellos en el derecho general a la libertad. *A sensu contrario*, el ejercicio de todos los derechos que garantizan el disfrute del derecho a la libertad tampoco es absoluto, sino que puede limitarse en casos excepcionales, cuando la libertad o la seguridad esté amenazada. Ahora bien, la limitación del ejercicio de estos derechos de la libertad no puede ser arbitrario ni quedar al criterio del poder ejecutivo, sino que debe ser autorizada por los jueces y siempre de acuerdo con las leyes que los regulan. Así se llega a un funcionamiento de la sociedad en la que ni la libertad ni la seguridad están garantizadas al cien por cien, pero que permite una convivencia razonablemente segura y razonablemente libre. De hecho aceptamos como un bien moral el registro, las averiguaciones y el que nuestro equipaje sea escaneado, quebranto cierto de nuestro derecho a la privacidad, a cambio de que se desactive el sólo hipotético peligro de atentado.

Pero la globalización de todos los flujos humanos (culturales, migratorios, comerciales, financieros y también, por supuesto, del terrorismo y de las actividades contraterroristas) ha cambiado los parámetros de gestión del dilema libertad/seguridad. El atentado contra las Torres gemelas de Nueva York (11-S de 2001) significó un antes y un después. La muerte de más de 5.000 personas y el miedo a que atentados similares puedan volver a producirse ha hecho que los gobernantes estadounidenses consideren su primer deber el garantizar preventivamente la seguridad, aunque para ello se resientan las libertades. Si en los primeros años después del 11-S pudo ser una reacción comprensible, no resulta razonable que los excesos y la falta de control sobre las actividades para la seguridad nacional se perpetúen como estado de conciencia y como práctica diaria, sin que se alcen voces suficientes para que el sano miedo electoral obligue a los gobernantes a reequilibrar los dos términos del dilema. Hoy por hoy tal esperanza no es realizable a corto plazo porque las instituciones, los medios de comunicación y la mayoría de los ciudadanos no lamentan tanto las restricciones a la libertad que padecen ahora como el que esas restricciones no se hubieran aplicado antes.

Moralidad antes que eficacia

Siendo gravísimo el que para garantizar un bien solo probable (la seguridad) se vulneren derechos ciertos (la libertad), aun es más grave

el que la sociedad americana, y en gran parte la mundial, esté instalada con comodidad, en la rutina de una modorra de siesta estival en la que nada le duele ante los habituales quebrantos de derechos humanos.

Esta *insoportable levedad del ser* (KUNDERA) e *insufrible levedad del mal* (HANNA ARENDT) es un estigma de nuestras sociedades, no redimidas todavía de la pereza del pensamiento débil y del relativismo que nos inculcó la postmodernidad. Nuestra levedad hace malas las cosas buenas y pésimas las malas. Para despertar de ella y rejerarquizar los valores pasará, si Dios antes no lo remedia, al menos una generación.

Mientras llega esa sacudida de las conciencias, y para que llegue, RAZÓN Y FE querría hacer suya la voz de los profetas del exilio en Babilonia que mantuvo la esperanza del «pequeño resto» de Israel. Por más indiferencia que los rodee, por difícil que resulte evangelizar al Leviathán-Estado, los principios morales universales son inmutables y de ellos se derivan estas conclusiones:

1. *El espionaje masivo es siempre condenable y ninguna causa puede justificarlo.*
2. *El espionaje selectivo solamente es legítimo cuando existen motivos, apreciados por jueces imparciales, es autorizado por éstos y guarda proporción con el bien que se desea conseguir y con el mal que se quiere evitar.*
3. *No hay ninguna parcela del Estado, ni la top secret, que pueda legitimarse si vulnera la moral o altera las jerarquías éticas.*
4. *La valoración moral de las actividades de los gobiernos debe ser un elemento capital a la hora de que los ciudadanos decidan a qué candidato van a votar.*

Estos principios son como la antorcha del profeta: iluminan para que nos arrepintamos de la corrupción de las conductas, contrarrestemos la corrupción de los sentimientos y nunca caigamos en la corrupción de las conciencias. Al final es el orden y las órdenes de la conciencia las que sanean los sentimientos y terminan regenerando las conductas. ■